

Ricardo Tudela

Naturaleza y "Paisaje"

I



ESTO de ser viajero y de indagar la composición y los matices de cada paisaje, con ser una fuente viva de emociones, tiene también su drama. Por supuesto, un drama de estratos espirituales. El paisaje es el acto emocionado o desinteresado de crear. Se admira, se penetra, se engloba, y una cosa distinta a la que llevamos ancestralmente adentro, pero que agranda los pormenores y los sentidos de nuestra intimidad, reemplaza nuestro yo a objeto de fusionarnos en el colorido, la luz, los olores, el sonido y los planos infinitos en que nos construye nuestra sensibilidad. Por mucho que queramos «desoírnos», cuando llega a nuestro ser como entidad estética de paisaje, parece cobrar una evasión de inacabables horizontes y por más que nos alucine la naturaleza, al final será sólo un amor sin colocación intelectual. Para que sobrepase esa limitación tendrá que desentenderse de las sollicitaciones exteriores, buscando la concentra-

ción pura de la belleza. Un paisaje, por sobre toda otra consideración desea, instintivamente, su jerarquía estética; mas no la alcanza sino enfrentándose con las fuerzas naturales en la búsqueda espiritual que hace el hombre de su medida secreta. Si el hombre ha desenvuelto el vigor auténtico de su espíritu, tendrá la intuición de la naturaleza. Entonces, perfectamente advertido contra la cultura intelectual, lo que en el ser integral es una resonancia creadora, cósmica, será su propia surgencia, el fluir de lo que íntimamente puede reconocer como «paisaje». Con esa riqueza estará, por obra de su desvelo cósmico, en la entraña viva que nutre la belleza. Nada será ajeno a ese goce tan completo: única plenitud en que la naturaleza interviene, misteriosamente, en el arte.

Seguramente el hombre, desde los tiempos neolíticos, ha ido elaborando en su subconsciente los estados primordiales de ese sentido cósmico. El paisaje, como espejo de su propio sueño ancestral no encontró, primordialmente, otra complicidad que la de la naturaleza. Sin duda el hombre neolítico tuvo, originariamente, necesidad de sí mismo. No obstante su extraordinaria capacidad animal para ser más fuerte que la soledad en que crecía su mundo, existen pruebas para afirmar que lo «elemental» fué en él cierto grado de lo «espiritual». Admitido ese hecho, cabe también afirmar que el combate estético no es sino una pugna eterna entre naturaleza y «paisaje». Y ahí tenemos otra de las tantas paradojas que construyen el sentido creador del arte.

II

Asusta pensar, frente a tales designios, en qué hu-
raños esquemas de sequedad estética encontró el primer
artista la expresión virgen que encarnó la felicidad del
hallazgo artístico. Toda obra de arte, por escueta y
fría que sea, tiene o proyecta su atmósfera o realidad
de paisaje. Mas es lógico pensar que lo que constituye
tal elemento vital no tuvo, originariamente, un estado
definido. Sin duda no fué paisaje propiamente, porque
la naturaleza no tenía entonces el grado y la intensi-
dad de movimiento que presenta ahora. Una condición
de paisaje requiere fuerte vivacidad; puesto que es lu-
cha entre naturaleza y espíritu se caracteriza, vital y
estéticamente, por ostensibles u ocultas confluencias del
sueño y la realidad. Podemos encender heroicamente
nuestra imaginación y aun no alcanzaremos a intuir el
verdadero estado en que en tal tiempo remoto la vida
se fué organizando a sí misma como «paisaje». Cuando
más fué sólo insinuación de lo «natural». No faltarían,
sin duda, ciertos avances de líneas primerizas, de con-
tornos inseguros, de luchas instintivas entre forma y
color, mas todo hondamente escueto, sin vibración pro-
funda de volumen, colorido, proyección de planos y
atmósfera de armonía. Esto me lleva a no concebir más
naturaleza que la que fué «trabajando» conjuntamente
con el hombre. Lo substantivo o acabado creció bajo
el mismo impulso del crecimiento del hombre. Si que-

remos comprender a la naturaleza hay que empezar por saber que es rudimentaria y hosca, mientras no recibe el influjo de la «sensibilidad» del ser humano. Cuanto adquiere dignidad de hombre es en ella plasticidad, cromatismo, riqueza de sugerencias, síntesis y armonía. El hombre le otorga su flexibilidad y su intuición, la depura y enardece. Y una naturaleza saturada, por obra del desvelo del hombre, en potentes y ricos alicentos de espíritu, termina por ser el alto y puro servicio de la vida del espíritu.

Para comprender integralmente este sistema de metafísica estética hay que pensar, sin duda, en los abismos que nos separan actualmente de la naturaleza neolítica. ¿Qué misterios naturales movieron el paisaje de los grandes períodos geológicos? La imaginación, que puede ser también un recuerdo profundo de la memoria ancestral, nos permite entrever, como en un subsueño de pesadilla, en qué impenetrables regiones de la evolución la naturaleza consiguió verdadera fuerza de humanidad. Sutilizando mucho se llega a lo terrorífico. Mas ese paisaje ancestral tenía acaso limitadísima relación con el habitante terrestre. Por lo mismo que constituía lo monstruoso, no dejaba en torno suyo sino vacíos. Hay que confesar que no posee el hombre el sentido exacto que le permita esquematizar esa monstruosidad de la geología estética. Por eso no encontrará nunca las expresiones de una serie infinita de reminiscencias. Tal vez hay que referirlas metafísicamente al

inconsciente, si se quiere enriquecer las posibilidades en que contenido y sentido cooperan para lo que «es».

De ahí que, para una concepción viva del elemento espiritual del «paisaje», hombre y naturaleza se confunden en cuanto se les quiere tomar como vehículo. Nada en ellos tiene un valor decisivo como determinante de las diversas escalas intelectuales de una cultura viva. Si el hombre es el mismo paisaje que crea y el paisaje, necesariamente, termina por crear su tipo característico de hombre, lo esencial, como organización profunda de la vida, es aprender a expresar el mundo total si es que se quiere entrar en posesión de la intuición libertadora, sin la cual no tendrá nunca soberanía de autenticidad la función dichosa de crear.

III

El viajero será siempre perseguido por su propio anhelo de totalidad. Cada hombre, por advertido que sea, nunca está totalmente donde está. Este «no estar» constituye, precisamente, la intromisión de los elementos impenetrables de orden espiritual que moldean el paisaje. La superficie en que se vive, para tal realidad intrínseca, no representa sino el simple camino de cada cosa. Es necesario estar en marcha y, como quiera que actuemos, «sentir» el camino que, por planos encontrados, ha de llevarnos a la seguridad de un destino. Entre temporalidad y esencialidad existen tantas etapas como afanes inspiran la voluntad. Pero la ley in-

dividual, con ser tan poderosa, no se cumple en nuestra actividad espiritual sino cuando logramos ser artistas de una manera viva y profunda. Quiere esto decir que la naturaleza espiritual del hombre es el campo en que crecen, se expanden y maduran las grandes corrientes de la vida. Si el hombre vierte dentro de sí mismo el vigor de la naturaleza y posee la ciencia vital para transformarla en fuerza creadora, realiza un destino profundo. En gracia a tal intensidad será fiel, donde quiera que vaya y como quiera que actúe, con el designio creador de la vida, que es advertidamente espiritual. Esa vida, con fuerza o sin ella, pero concentrada en su estructura profunda, representa para mí la realidad estética del «paisaje». Cuanto más consciente se sea de ello, más leal se será con la urgencia interior. El hombre no es sino una lucha tremenda por realizar su propio acento. Cuanto se quiera postular para sensibilizarlo será sólo fabricación de conceptos. Si el hombre «descubre» por qué caminos le busca la expresión, tendrá de sí lo que «es»; de lo contrario será un hombre a medias, una humosa o vacilante parcialidad de sí mismo.

Es claro: el problema está en qué dirección ha de trabajar para «ser él mismo». En arte, lo decisivo está en que responda con ardor y fidelidad a las imágenes e intuiciones que lo muerden por dentro. Si «es» su propia medida, lógico debe ser que se realice valientemente en ella. Además, la otra dimensión substancial: el espíritu. Ahí están las tremendas agonías sociales.

Desde la estética a la podredumbre, desde el fango al secreto fluir de las esferas. Si lo social hierve en su propia sangre, el artista tendrá el sentido numeroso, plural; será esa manera intuitiva y combativa de humanizar el fondo y los fulgores de la forma: con palabras, con sonidos, con colores, con una forma cualquiera. Cuanto más hombre, más confirmado para el hombre. Y de ese combate—y de las agonías dramáticas de ese combate—el espíritu tendrá toda la ardiente y poblada naturaleza en que un sentido creador se convierte, misteriosamente en «paisaje».

IV

Este sentido creador—esta unidad entre hombre y paisaje—me acomete cada vez que retorno a Chile. Escribo ahora frente a las más tonificantes alturas vegetales. Estoy en comarcas sureñas y, por obra de mi amorosa alucinación, millares de torres arbóreas crean para mí una secreta y voluptuosa dulzura del aire. No acierto, dentro de este ritmo, a discernir si la dicha que disfruto es pesadilla del deseo o una realidad huidiza, casi descarnada. Sin duda me veo vivir, porque el sueño, por sus propias rendijas me deja alguna conciencia de que soy. Mas esta riqueza, tan potente como el viejo fervor que solivianta mi ardoroso corazón, quiere intervenir en mí como si fuera otra voluntad. No puedo, desde tan paradójica dimensión, sofrenar la embriaguez de mi alma de artista. Me entrego, pues,

si entregarse es este «adentramiento» en una dicha sin discernimiento, sin amarre en las cosas comunes. Estoy aquí, porque mi profunda realidad lo determina; y estoy para ser más yo mismo, lo que el mundo me quita a cada latido. Entregarse, entonces, es comenzar a ser altivamente feliz: comprender sin comprender, que pudiera ser el acto puro de la dicha.

¿En qué realidad estética se realiza mi «paisaje»? En la única en que, sin quererlo ni exigirlo, el arte liberta su sentido profundo. Desde esta afirmación puedo decir lo que más convenga a mi naturaleza espiritual. No hace falta espiritualmente, sin embargo. Si «sé» por qué tengo en esta hora una plenitud, lo sé todo. La riqueza que encuentro en mí, por obra del influjo ambiental, no es de éste, sino que fué promovido desde el mismo lugar en que estaba en mí como reacción de mi sensibilidad. Ya he dicho que naturaleza sin sensibilidad humana es cosa yerta, inconvertible. Entonces, esta amorosa y ardorosa surgencia en que mi propia vida realiza su dicha es la potente y unánime voluntad en que yo mismo me realizo. El «paisaje» está en los mismos elementos espirituales de todo este proceso y, para culminar como obra de espíritu, le da su plasticidad exterior lo que el espíritu conoce como «naturaleza».

Quisiera decir en qué honduras puedo evadirme de mi propia prisión. Imposible. Esa dicha es y será siempre inefable. Con todo, ahí está la cosa dulce y tremenda, mortal y eterna. Al tenor de aquellos árboles

magníficos, cuyos dedos juegan con las ramazones de la luz vespertina, árboles y luz crean la numerosa desnudez de un horizonte de hechicería. Ni dibujos, ni colores, ni formas son en realidad el gozo pleno de mi dicha. Lo saben estos ojos con que engarzo mis propias palabras. La riqueza, porque es auténticamente de «adentro», está en este hombre que vibra en este instante con verdadera dicha universal. Yo soy este pulso que arrebató, que enciende, que siembra el caos inevitable y retorna para la total armonía de una gracia perfecta. Porque lo «sé» me revuelvo en mi propia desnudez, que es la más gloriosa y creadora manera de ser yo mismo. ¿Puedo reconciliarme con lo que en mí no quiere sino la fuerza? ¡Es claro! Aquí está esta dicha que me ratifica universalmente, que se unifica en su propia capacidad de crear. Con arma tan ardorosa y tan decisiva nada ni nadie puede reemplazar la extraordinaria jerarquía interior que me doy para ser. Y en esa misma lucidez tengo de mí lo único que nadie me puede quitar: mi altivez de libertarme y superarme por la belleza.

A esta fuerza—a esta dicha—llamo yo autenticidad de hombre completo. El arte es la gran libertad y, acaso, la única libertad ilimitada del hombre. Si el arte quiere el dolor y el amor de superación, entonces es arte de hombre cabal. Puedo pensar las mejores delicias; no serán sino espejismos intelectuales. En cambio, con este arte en que el espíritu cobra sus potentes dimensiones creadoras, ya no soy una cosa sin

mí; es decir, rompo mi propia conjetura mental y social para darme en limpia trabazón de vitalidad. Y el hombre que intuye ese «hombre», es el hombre del «paisaje», de la desgarradora ventura—y aventura—en que la necesidad ya no necesita de conceptos ni de filosofías dogmáticas. Por cierto, dentro de esa liberación—y por ella misma—aun le queda a la vida la misteriosa corriente interna: poder tumultuoso, alígero, irrefrenable con que la vida se responde a sí misma como un milagro perpetuo de belleza.

V

Mas cuanto podemos entender como «paisaje» requiere, psicológicamente, sus estructuras. Exactamente como el alma. ¿Qué cosa vaporosa, penetrante, batalladora y ocultamente mansa es este yo estético en que mi propia profundidad estruja sus potencias para hacerme humanamente libre en el arte? Sin duda, una razón poderosa del «sueño». Es menester creer en él como intransferible reactivo de la vida artística. El sueño constituye la formidable palanca y la ventana inverosímil en que se consuman nuestros ardientes delitos estelares. Por supuesto, sin tales delitos no hay arte. El soñar es de la misma naturaleza que el crear. Juntos conspiran para la gozosa «revolución» en que un hombre desenvuelve sus mundos interiores y realiza una armonía universal del hombre. Por eso mismo, si pregunto qué cosa es el alma y, después de infinitas preguntas, agoto mi

propia máquina comprensiva, me quedo con una sola realidad fantasmal. Es acaso entonces cuando estoy en el camino certero para «comprender» lo incomprensible. De igual manera puedo llegar a la comprensiva incompreensión de lo que vengo estudiando como «paisaje». En estética—¿habrá que decirlo?—no rige sino el propio instinto, la propia llama de combustión. La belleza necesita arder y somos nosotros, en nuestra solitaria transfiguración, quienes damos «fuego» a ese hondo y divino deleite de ahondar y gozar lo inapresable. De ahí que una doctrina viva del paisaje es aquella que enardece nuestra auténtica profundidad espiritual: que exprime la naturaleza a través del espíritu para realizarla integralmente en su perennidad creadora de «paisaje». Aquel horizonte, mitad paleta encantada y mitad embrujo de pájaros nativos, puede resumir la sabiduría suprema de una perspectiva nueva. Por mucho que lo pretenda no será, con todo, sino un frío esbozo de mi entrañable capacidad de realizar; no tendrá mi rica intimidad sino cuando lo que yo conozco de mí como espíritu se compenetre, creadoramente, con la naturaleza a objeto de eternizar una realidad viva: el minuto integral en que hombre y naturaleza se plasman como «paisaje». Si gozo de tal inmensidad, es porque estoy como artista heroico allí mismo donde la belleza engarza misteriosamente sus tesoros. Para cerciorarme más, me resuelvo a probarlo un instante entre palabra y palabra. Como yo, lo intenta la tarde entre color y color. Muy pronto, bajo el hechizo de lo que quiero descu-

brir, la dulzura fuerte y nostálgica de árboles, pájaros, líneas, colores, horizontes y lejanías, sin pedirles otra cosa que mi propio ser, quiebran un valor viviente que me pertenece y no cejan hasta darme mi plenitud. Aun así, aguardo, como escondido en mi propia palpitación, algunos momentos más, y el vasto conjunto, sin más movimiento que el lejano de las aves indígenas, entra como en suplantación de mi propio gozo, por un arrebuñado hervor de toda la vastedad. Eso mismo es y no es, pero mientras mi ser no resuelve su vivacidad de atención. Después de querido, puedo disponer exclusivamente de toda la numerosa y alucinada estética de ese país. En ese trance, como orfebre de mi rica concentración, tengo el acento que requiere mi arte, las agonías y los temblores de lo que siento que soy. Desde entonces ya no dudo. Me doy pleno a la vasta totalidad y puedo enriquecerme en todas las horas febriles. Sin duda la belleza es ella misma, no se cancela sino para su propia vida. Mas sólo como concepción estética. En cuanto la belleza se urge a sí misma lo que alienta como irresistible eternidad, ya no puede sino convocarse en la realidad única de todo paisaje: el espíritu.

VI

Este paisaje de Chile carece aún del hombre que desnude su destino. Es un paisaje huérfano de padre auténtico. Lo miro y me duelen los años que pasan sin que se le realice por dentro. El artista viviente, des-

garrado, con gozosa autenticidad racial, está aún por venir. Existen—a veces llenas de felicidad—expresiones y realizaciones en que la naturaleza parece entregarse con instinto verdadero de hembra. Tales artistas prosiguen el combate, por cierto más atentos a la «forma» que al «sentido». Yo conozco el dolor de esta lucha y podría esclarecer los diversos procesos psicológicos en virtud de los cuales el artista chileno no tiene aún lo que compone una jerarquía creadora del «paisaje». No es este el lugar ni la hora. Si la naturaleza chilena está en escritores, poetas y pintores de esta tierra, aparece sin su verdadera fisonomía. Para tenerla necesitaría su presencia metafísica de «paisaje». Por realista que quiera ser una naturaleza en su proyección dentro del arte, no puede prescindir del elemento esencial que siempre estará más allá de la fiscalización de los sentidos. Aquí preocupa excesivamente lo «objetivo» e incluso se tiene por virtud ese defecto artístico. Una objetividad, para tener verdadera resonancia en el hombre profundo—el hombre válido de todo arte ardiente—ha de saber desentenderse del reflejo material; quiero decir que ha de poseer, en grado máximo, la flexibilidad libertadora de la evocación, por la cual el arte dignifica los elementos que aspira a transfigurar. El artista creador es profundamente «evocador». En Chile, existiendo artistas de talento vivo y armonioso, no hay artistas del sentido de evocación; lo que contrasta con la fiera y diabólica lucha que sostienen en el hombre chileno naturaleza y sensibilidad.

Todo esto me lleva a sostener la herejía de que esta naturaleza, siendo rica potencialmente, padece aún pobreza espiritual. Para enriquecerse ha de encontrar la intuición tumultuosa, casi devoradora. La avidéz del alma chilena no ha penetrado aún—salvo algunas valiosas excepciones—en aquellos planos substanciales en que vida y naturaleza se compenetran como realidad febril de «paisaje». Y esto es tanto más doloroso cuanto que el hombre chileno es, tal vez, el mejor dotado de sensibilidad del continente. Por eso comprendo ahora, en la misma soledad de esta naturaleza sin realización humana profunda, que el chileno tiene una necesidad estética de «redescubrir» su propio paisaje. Por no poseerlo vive sin entregarse ardorosamente a sus cosas substanciales. Se argumentará—y yo acepto ese razonamiento—que el arduo y dramático quebrantamiento económico-social es lo impostergable y lo vívido. Me duele ese drama y daría toda mi vida por cooperar en su solución. El hombre, por sobre todo otro concepto, es una «realidad económica» incuestionable. Estoy en esa misma lucha y me preparo para retorcerme y sangrarme en ella. Mas quienes tenemos interiormente otras realidades—a veces trágicamente insufladas en aquéllas—debemos parejamente hablar el lenguaje claro del deber de adentro, que no está ni estará reñido con las urgencias sociales. Y ese deber incita y excita pensamiento y corazón y dice que esta belleza requiere una nueva libertad para el hombre.

Dije antes que la ley individual, con ser tan pode-

rosa, no se cumple en nuestra actividad espiritual sino cuando logramos ser artistas de una manera rica y profunda. No importa qué camino se tome, lo esencial es que sea creadoramente desde el núcleo de nuestra autenticidad. La ley de la naturaleza chilena no se cumplirá mientras cada artista de esta tierra no se entregue ardientemente a su profundidad humana. Lo veo humildemente con la clara intuición que no me ha engañado nunca. No pontifico al afirmar cosa tan llena de riesgos, porque lo de Chile me pertenece por amor y devoción. Un grito, una andanza, un dolor de saber o de morir, pueden ser excelentes caminos artísticos. No son lo bastante, empero. Sin fuerza de verdadero desgarramiento lo substancial quedará sin roturar. El hombre se duele y conduele y, frente a esa sensibilidad, puede sufrir inadvertencia para las cosas esenciales. El artista chileno es dueño de una extraordinaria vivacidad. Por eso mismo debiera desenvolver más sentido orgánico de su «paisaje». Ese tono que quiere ser y que se quiebra para una poblada vitalidad, ha de robustecerse así que «vea» en qué planos se le pierde lo mejor de su riqueza. Si el espíritu de esta gracia del sur—de esta enjundiosa, ahincada y potente conjunción de bosque, mar y montaña—prende profundamente en su angustia creadora, todo se le encenderá para un acento que le viene buscando y que, como confirmación de cuanto digo, revelan ya artistas certeros. El dolor colectivo, la falta de justicia, afanes y desequilibrios del sistema que se resquebraja, pueden avivar el sueño de-

leitoso. La naturaleza esconde aquí una voz admirable y sagrada. El que sea fuerte y la haga «hablar», ése alcanzará la dicha del «paisaje» vernáculo. Mientras, sufrir y luchar. Mas un día—antes o después de la nueva e irresistible estructura humana que todos aguardamos—aparecerá el artista integral, vivaz, puramente libre, por el cual existencia y esencia formarán un solo sentido creador y liberador. Y la naturaleza chilena, que exige imperiosamente ese artista y ese sentido, adquirirá, dichosamente, esa estatura cabal de naturaleza y espíritu: el «paisaje».

Chile, tierras del sur, marzo de 1936.